

EDUCATIONIS MOMENTUM

vol 2, n.º 1, pp. 147-150. ISSN: 2414-1364

<https://doi.org/10.36901/em.v2i1.83>

Ken ROBINSON & Lou ARONICA. (2015). *Escuelas creativas*.

La revolución que está transformando la educación

(R. Pérez Pérez, trad.).

Barcelona: Grijalbo, 368 pp.

Por Diana HERRERA LAZO¹

Recibido: 2025.02.25

Aceptado: 2025.05.25

Sir Ken Robinson es un educador británico, escritor, conferencista y docente emérito de la Universidad de Warwick (Reino Unido). Es considerado un experto en asuntos relacionados con la creatividad, la calidad de la enseñanza, la innovación y los recursos humanos. El objeto de esta reseña es su libro titulado *Escuelas creativas. La revolución que está transformando la educación*. En él desarrolla las ideas de la conferencia «¿Terminan las escuelas con la creatividad?», que presentó en la plataforma TED, en el año 2006. En el texto, Robinson plantea cómo transformar un sistema educativo que no funciona. Propone dar a la educación un enfoque personalizado, desarrollando la creatividad y la pasión por aprender en los alumnos, para que estén mejor preparados al afrontar los retos que les depara el futuro.

Este libro —que tiene como coautor a Lou Aronica— contiene diez capítulos que describen la educación, el sistema educativo actual y las posibles soluciones para mejorarlos.

En el primer capítulo, «Volver a lo básico», Robinson plantea que lo que es importante para el alumno también debe serlo para su profesor. Se debe motivar al estudiante comprendiendo sus gustos, habilidades y destrezas

1 Universidad Católica San Pablo. Correo electrónico: diana.herrera.lazo@ucsp.edu.pe

para que se sienta valorado como individuo. Después de haber establecido este lazo de confianza, se debe establecer un plan de estudios de acuerdo con las necesidades e intereses del alumno, dejando de lado el sistema educativo nacional (movimiento de normalización, según Robinson) y los intereses políticos. En el segundo capítulo, «Cambiar de metáfora», se plantea la opción de una educación alternativa dirigida a los alumnos que obtienen bajo rendimiento con el sistema educativo convencional. Se les ofrece una experiencia de aprendizaje distinta, llevándolos a ambientes de futuros trabajos o profesión, fomentando su visión del futuro. Así mismo, se aprecia una comparación entre escuelas y fábricas, ya que hemos heredado un sistema educativo basado en la industrialización, en el que los alumnos se parecen más a obreros que a estudiantes. Robinson cuestiona la rigidez de horarios, la separación de alumnos por edades y el hecho de priorizar el producto manufacturado (aprendizaje) del talento y la creatividad.

En el tercer capítulo, «Cambiar las escuelas», indica que hay muchas maneras de aprender, por lo tanto, el mismo método de enseñanza no sirve para todos los alumnos. Para cambiar la situación del sistema educativo convencional es necesario un discernimiento basado en una crítica del estado actual, visión de cómo debería ser y una teoría transformadora. La educación es un sistema diverso y complejo; estas características hacen posible que pueda cambiarse. Un cambio orientado hacia los sistemas educativos de Finlandia (primeros puestos en prueba PISA), basándose en todas las disciplinas sin priorizar a ninguna.

En el cuarto capítulo, «Aprendices natos», se prioriza la necesidad de aprender y el grado de curiosidad que todos hemos tenido cuando éramos niños. Pero con el sistema educativo convencional se llega a limitar esta capacidad, especialmente con el horario de las escuelas que desarrollan más asignaturas como matemáticas, idiomas y otras, y dejan de lado las artes y los deportes. Otra manera de limitar la curiosidad es el corto tiempo de los recreos: al reducir las horas de juego de los niños, estos no logran desarrollar la capacidad de superar miedos, resolver problemas, adquirir habilidades, etc.

En el quinto capítulo, «El arte de enseñar», se concluye que la verdadera clave para transformar la educación reside en la calidad de enseñanza. El objetivo principal es motivar a los alumnos a aprender (tarea de los profesores). Los buenos profesores deben dominar los métodos de enseñanza tradicional

(información) y progresista (práctica). Para lograr el equilibrio entre estos métodos, los buenos profesores deben motivar a sus alumnos, facilitar el aprendizaje, tener expectativa respecto a sus alumnos y capacitarlos para que crean en sí mismos.

En el sexto capítulo, «¿Qué vale la pena saber?», se precisa que es necesario un plan de estudios diverso, profundo y dinámico que llegue a todos los alumnos, que se centre en la calidad del aprendizaje y de la enseñanza, que se relacione con los fines básicos de la educación (personal, cultural, social y económico). De estos fines surgen competencias fundamentales para que el alumno tenga éxito. Competencias como curiosidad, creatividad, crítica, comunicación, colaboración, compasión, calma y civismo deben desarrollarse desde distintas etapas en la escuela.

En el séptimo capítulo, «Exámenes, exámenes», se describe la presión y la preocupación tanto de estudiantes y profesores al ser evaluados. Una evaluación cumple con varias funciones: es diagnóstica (ayuda a conocer la aptitud y grado de desarrollo del alumno), es formativa (reúne información sobre trabajo y actividades para progresar) y es acumulativa (para emitir juicios sobre rendimiento al final de un programa de estudios). Sin embargo, en ningún sentido debe considerarse la evaluación como el fin de la educación, sino que debe servir de apoyo a la cultura escolar cotidiana.

En el octavo capítulo, «Dirigir con principios», se señala que la experiencia de aprendizaje gira en torno al aprendiz y al educador, pero que también se necesita de un líder que aporte ideas y experiencia. Este líder es el director. Su tarea consiste en infundir esperanza a quienes la han perdido, instruir a los desesperados y guiar a los extraviados. El papel principal de un director escolar no es mandar y controlar, sino estimular la forma creativa del ambiente educativo.

En el noveno capítulo, «De vuelta al hogar», se dice que niños y jóvenes pasan más tiempo fuera de la escuela que dentro. Al finalizar el día de escuela, ¿con quién se encuentran en casa? Solo con papá, solo con mamá, con la tía, el tío o con nadie; esta última posibilidad se debe al trabajo de los padres. Por ello es que niños y jóvenes crecen solos. Esta situación debe cambiar positivamente. La interacción entre padres e hijos debe ser buena hasta obtener

la denominada «educación en casa»; esta se verá complementada por la educación en la escuela.

En el último capítulo, «Cambiar el clima general», se concluye que el cambio del sistema educativo convencional no solo depende de la iniciativa de los educadores, sino también de la comunidad y los padres de familia. Como se expone en los capítulos anteriores, se debe partir de un cambio que surja de las necesidades e intereses de los alumnos para crear el sistema educativo adecuado.

Como se puede apreciar, la temática del libro se basa en cómo debería ser el cambio del sistema educativo convencional tomando como punto de partida la creatividad, intereses y necesidades de cada alumno. Robinson confía en que este cambio, por más complicado que parezca, se puede lograr si se consideran todos los puntos planteados. Se trata de un gran desafío: establecer un nuevo sistema educativo y no solo repararlo; transformar el sistema y no solo reformarlo. Se trata de reflexionar sobre cuál es el verdadero sentido de la educación en el siglo XXI.